

Economía, la Política, la Antropología, la Cívica Sociológica, etc., con carácter obligatorio en todas las carreras profesionales. Sólo con esta serie de cursos previos, con este trabajo preparatorio, podremos llegar con éxito al ápice de la pirámide: la Sociología.

Después de estudiar los problemas referentes a la selección adecuada del profesorado, la esencia del profesional y la extensión educativa, concluye esta obra de carácter tan sugestivo, destacando la necesidad de la educación, a fin de que el hombre, como ser desvalido porque tiene problemas, pueda resolverlos, con el objeto de poder salvarse del naufragar de la nada en el propio existir.

*ANALOGIAS DE NUESTRA EPOCA CON LA DE ROMA HACIA EL SIGLO III. Notas a un ensayo de Carle C. Zimmerman. Por Roberto FABREGAT CU-NEO.—Profesor de los cursos magisteriales del Instituto Nominal de Montevideo, Uruguay.*

En el vol VII, núm. 3 de la Revista Mexicana de Sociología, se publicó el denso trabajo del profesor Zimmerman "La Crisis de la Familia", que se apoya en la exploración de analogías entre la edad presente y dos grandes momentos pretéritos de descenso histórico.

Una de esas analogías —la que se refiere al proceso de la decadencia romana— es frecuentemente evocada por sociólogos y filósofos. Así, para aludir a otro trabajo también publicado en esta Revista, digamos que el profesor Pinto Ferreira vuelve a ella al citar una opinión coincidente de Laski en el artículo "Democracia y Planificación" (Vol. IX, núm. 2).

En realidad, estamos habituados a volver los ojos hacia ese período, tal vez único en la historia en que los hombres se mueven y piensan en formas parecidas a las nuestras, y los acontecimientos sociales arrojan idénticas contradicciones.

Naturalmente, en esta nota no pretendemos abarcar la totalidad del tema ni mucho menos, sino simplemente bosquejar algunos caracteres concordantes de ambas épocas desde un punto de vista no sistemático. Es sim-

plamente un enfoque “para ver”, como diría un experimentador en ciencias aplicadas.

*Disolución y confusión religiosa. Conflictos.* Es en Roma donde toma cuerpo la primera gran crisis religiosa que conozcamos en Occidente. Está profusamente documentada de Tertuliano a Símaco; de Marco Aurelio a Constantino el Grande y de éste a Juliano el Apóstata. Generalmente se mira en estos siglos tan solo la lucha del cristianismo con el paganismo. Pero hay además algo muchísimo más significativo, que es lo que emparenta aquella edad con la nuestra. Es el surgir y madurar simultáneo del escepticismo y el orientalismo, en sus formas más radicales y seguras de sí mismas. Allí están Sexto Empírico, el tenaz negador de todas las certezas, y Plotino, el místico que tiene la evidencia de Dios.

Han surgido a la vez las angustias del hombre que se siente solo bajo el cielo vacío, y la divinizante visión asiático-egipcia que hace del mundo un vivero de dioses, misterios y potencias. Son extremos que se tocan, reacciones surgidas por necesidad. Observemos: si el paganismo hubiera sido todavía una fe, el cristianismo no lo hubiera conquistado. Pero lo que en realidad conquista el cristianismo es el espacio vacío dejado por esos dioses en quienes ya nadie cree. Del mismo modo, la Escuela de Alejandría deberá apelar a los misterios más insondables, a la teosofía más complicada, para suplir la labor de una filosofía que ya no proyecta luz, sino que arroja sombras y dudas.

El escepticismo de esa época tiene un carácter que es preciso hacer resaltar. Durante siglos el relativismo de opinión, sensación, etc., ha sido tema de profesores de retórica que enseñan, mediante salario, a triunfar en cualquier pleito. Pero ahora es empresa de filósofos lealmente convencidos de la imposibilidad de conocer. Ya no se trata de los dioses, la moral o la fe: es el hombre mismo el descalificado como aprendiz de verdades.

En muchas de sus fases esta empresa tiene estricta similitud con recientes aventuras del pensamiento moderno. Pasajes de Agrippa, Enesídemos o Arcesilao podrían ser suscritos hoy día por psicólogos asociacionistas o filósofos neo-positivistas. El empirismo inductivo de Menótodo se practica hoy día corrientemente. Cierto que nuestro relativismo filosófico —que en rigor debiéramos llamar *funcionalismo*— remonta mucho aquellas rudas versiones; pero los resultados históricos son similares. Es de nuevo la Comedia Humana superponiéndose a la Divina Comedia. El escepticismo se hace ambiente. Hoy —como habrá sido ayer— tenemos gentes que son pirrónicas o empíricas sin saberlo. El hombre de la calle carece

de vocación metafísica y transita en perpetua inseguridad. Nadie lo detendrá para convencerlo de que se ha visto un milagro o de que hay una divina misión que cumplir. Los pensadores mismos son más bien planteadores de dudas, sospechas y revisiones que creadores de sistemas. El Círculo de Viena parece construido en torno a los tropos de Agrippa. Cuando nuestros filósofos quieren dar respuestas universales, éstas son de una palidez aterradora y están como temiendo lo que les puede suceder. He nombrado al zarandeado existencialismo, cuyo nativo déficit espiritual le ha hecho apelar a todas las artes retóricas conocidas para lograr puntos de apoyo.

*La suplantación de lo religioso.* Pero la rectoría religiosa es asunto demasiado habitual para el término medio humano y es imposible omitirla de un día para otro. Ocurren entonces diversos procesos de recuperación o fijación; aquí nos referiremos tan solo al de caracteres más interesantes para la sociología: la deificación de motivos humanos. En Roma, los Césares se divinizan. Diocleciano introduce un aparato litúrgico de tipo trascendente en torno a su persona, y Constantino adopta sin rubor los títulos de Majestad y Eternidad. En nuestra época, los grandes regímenes de corte autoritario adoptan aparatos litúrgicos de tipo marcial, nuevos calendarios, graves dogmas raciales o ideológicos y hasta un idioma especial para referirse a ellos. La Raza, la Sangre, la Economía, la Evolución de las Masas, son los nuevos dioses introducidos al Panteón popular por los *ismos* estatales de nuestro siglo. Mussolini hacía remontar a Dionisios los orígenes del fascismo...

*Rebrotos y resurgimientos.* Es claro que aunque no sea más que por inercia —hay otros factores que sería largo reseñar— la religión continúa su marcha e incluso reflorece una y otra vez. Uno de estos intermitentes resurgimientos se operó precisamente hacia mediados de la II Guerra Mundial y perdura aún. Todas las religiones avanzaron en el escenario social y surgieron nuevas ramas y composiciones eclécticas. Las sectas más localistas se lanzaron a la calle en busca de prosélitos; así tuvimos oportunidad de ver, en Buenos Aires y Montevideo, mormones, testigos de Jehová, bahaístas y maestros del suffismo persa.

La correspondencia de estos rebrotos con los operados en la Roma escéptica se aprecia sin esfuerzo. También entonces los credos asiáticos invadieron los hogares latinos; despertóse inusitada curiosidad por los cultos exóticos. Las personalísimas sectas en que chisporroteaba el cris-

tianismo —aún no estructurado fueron asimismo asunto de moda durante largo tiempo. Más tarde, el emperador Juliano tuvo la humorada de reunir las en un Congreso.

*La verdad oficializada.* Esta es otra señal de las épocas descendentes.

Cuando hay poca seguridad respecto a los convencimientos colectivos, se le coloca sello oficial a las doctrinas. Los libros de los modernos pensadores rusos —publicados oficialmente— liquidan todo problema humano o divino desde la prehistoria hasta el día de hoy. Tanto Moscú como Berlín tuvieron sus Concilios de Nicea.

En general se habla del marxismo como de un negador de religiones. Pero el neo-marxismo no admite tampoco el escepticismo filosófico. Su ortodoxia ha borrado la duda y la disputa de la verdad. Según Lenin, *la mente humana posee objetivamente la verdad*. Esta opinión ha sido oficialmente adoptada por la Academia de Ciencias de la URSS, en una de cuyas publicaciones (Cognoscibilidad del Mundo, por F. Jajaschij) puede leerse, entre otros, este increíble pasaje:

La demostración de que el conocimiento humano refleja fielmente la realidad objetiva está en la práctica social que se desarrolla históricamente. “El dominio de la naturaleza que se manifiesta en la práctica de la humanidad es un resultado del reflejo objetivamente fiel de los fenómenos y procesos de la naturaleza en la mente de los hombres, y es una demostración de que este reflejo, (en los límites en que nos lo muestra la práctica) es una verdad objetiva, absoluta y eterna”.

Un teólogo no lo hubiera dicho mejor. “La filosofía del marxismo es omnipotente, porque es exacta” escribió Lenin. El dogma de la infalibilidad se anticipa así al análisis y la controversia en el espíritu de los neófitos. Y, como en Roma, el Estado no tendrá necesidad de discutir: le bastará con afirmar.

*El momento de los inventarios.* Fijémonos en la boga de empadronamientos, censos y recuentos que se observa en las épocas anotadas. Parece el instante en que las gentes sienten necesidad de echar llave a sus tendencias, guardarlas e inventariarlas. (El contar y clasificar las cosas es, por otra parte, una otra manera sutil de poseerlas). Los censos y empadronamientos fueron frecuente preocupación imperial en la vieja Roma. Abundaron los historiadores, escoliastas, copistas y conservadores. Existían ya bibliófilos y anticuarios.

Ciertamente, nosotros hemos llegado más lejos: al empadronamiento y registro de ideas; a las postreras cristalizaciones que significan el Registro de la Propiedad Intelectual y el fichaje psíquico de las colectividades. ¡Grave síntoma que creo no anotó Spengler! Los períodos nacientes se caracterizan por la suelta de ideas y la despreocupación de su destino; los tiempos descendentes ofrecen los contrarios afanes de la recolección y codificación. Nosotros estamos, evidentemente, en un siglo más de reimpressores y archiveros que de profetas, trovadores o filósofos andantes.

*Ultimo conflicto de época: el yogui y el comisario.* Nuestra época no llegó a polarizar en toda su tremenda intensidad el conflicto de César y el cristianismo. Lo ha impedido y lo impedirá la inmensidad de los Estados, el engranaje todopoderoso de la técnica. En cambio, hemos podido asistir al conflicto popularizado por Koestler bajo los nombres del Yogui y el Comisario. Hemos sido contemporáneos de Lenin y El Gandhi; del credo de la dictadura y del voto de la No-Violencia.

Este conflicto no llegó a madurar por razones geográficas. Era Inglaterra quien gobernaba la India y solo en oportunidades aisladas las muchedumbres del Mahatma —complejo y rezagado San Pablo de todas las religiones— llegaron a chocar con las cohortes del Virrey. Luego, los clásicos procedimientos ingleses de adaptación modificaron gradualmente el clima, hasta llegarse pacíficamente a la independencia.

En cambio, el conflicto se vivió intensamente en el plano de las ideas. No sé cuántos libros se habrán escrito a propósito de marxismo y gandhismo; son bibliotecas enteras. La polémica continúa abierta, pero sólo en el plano doctrinario. En el escenario práctico de la política, terminó el día mismo en que el leader cayera asesinado. Era quizás el único Yogui auténtico. "Frente a él, siento cólera, desesperación y amor" escribía Nehru. Cólera y desesperación por aquel cristianismo que los demás sentían impracticable en el siglo de la técnica. Por eso, en cuanto desaparece Gandhi, comienzan en la India la violencia, las masacres por causa religiosa y finalmente, la guerra civil. El pueblo del Yogui ha empuñado las armas del Comisario.

*Punto final.* El capítulo de las analogías se prolonga, como lo indicara Zimmerman, por el lado de las formas básicas de la sociedad, el desconcierto de las ideas, etc. Pero ya he dicho que este no es un resumen, sino

una incitación. Un paralelo histórico social de tal magnitud no podría tener nunca punto final; una sugerencia sí lo tiene. Es preciso colocarlo, recordando que cualesquiera sean los caracteres de nuestra época, es necesario afrontarlos siempre; nunca rehuirlos ni resignarse a comentarlos.

*PEACE OR PESTILENCE. Por Theodor Rosebury. Whittlesey House. Mac Graw-Hill Book Company Inc. Nueva York, Toronto, Londres. Los hechos fundamentales de la guerra bacteriológica y cómo prevenirse contra ella. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología. Trad. del inglés por Angela Müller Montiel.*

En esta época de temores internacionales, resulta de gran actualidad y enorme interés, el libro del doctor Theodor Rosebury, *Peace or Pestilence* en el que, en un lenguaje sencillo y ameno nos presenta un panorama claro y terrible de lo que puede llegar a ser la guerra bacteriológica. El doctor Rosebury, como especialista en la materia, dispone de los conocimientos necesarios para exponer todas las diversas y pavorosas formas de destrucción que pueden resultar de esta guerra.

Por primera vez se revelan al público en general muchos de los descubrimientos realizados en este terreno, aunque con la debida discreción, ya que se trata de asuntos en los que va envuelta la seguridad nacional. El libro tiene una importancia comparable a la del famoso Smith Report sobre energía atómica, cuyo propósito consistía en hacer que el público comprendiera la significación y alcance de la guerra atómica para poder cooperar inteligentemente en las medidas preventivas.

Si la próxima guerra ha de ser bacteriológica, al mismo tiempo que atómica, debemos comprender que la guerra con gérmenes constituye un arma de destrucción humana más terrible aún que la bomba atómica. Sobre ella se ha tendido un manto de misterio más denso que el que cubre las investigaciones atómicas, pero en este libro el doctor Rosebury descubre y discute muchas de las cuestiones básicas para nuestra seguridad.